

## DE LA VIEJA ESPAÑA

## LA CONQUISTA DEL PEÑÓN DE VÉLEZ DE LA GOMERA



Málaga en el siglo XVI (De un grabado de la época)

FOT. DÍAZ SERRANO

Las costas andaluzas eran objeto de continuos ataques por parte de los corsarios y piratas que se guarecían en el Peñón y en el poblado de Vélez de la Gomera; los bajeles cristianos eran blanco de la voracidad y la rapiña de los osados infieles que, poseedores de multitud de naves, infectaban el Mediterráneo en los albores del siglo XVI.

Ya el conde Pedro Navarro conquistó el malhadado Peñón el 23 de Julio de 1508; pero por traición de su alcaide, Juan de Villalobos, hubo de perderlo España, no sin que su desprevenida guarnición sucumbiera al filo de las cimitarras agarenas.

En 1525 se pensó rescatar esta plaza por medio de confabulaciones que se tuvieron con cierto cristiano artillero cautivo, acordándose dar un asalto nocturno. Carlos V ordenó saliese de Málaga una armada con este fin, mandada por el marqués de Mondéjar, capitán general de la costa y reino de Granada; mas conocedores los moros de sus propósitos, malograron la empresa, muriendo muchos de los soldados que saltaron á tierra tan inhóspita. Las galeras abandonaron aquellos lugares por los estragos que en ellos causaba la artillería sarracena, regresando á Málaga frustrados sus deseos de conquista.

El Peñón de Vélez de la Gomera cayó luego en poder de los argelinos, que aumentaron considerablemente su corso contra los navíos cristianos, siendo su pesadilla por espacio de cerca de medio siglo.

Mereced al alcaide de Melilla, Pedro de Venegas, supo el Rey Felipe II que el Peñón y el poblado habían quedado casi sin custodia, pues su gobernador, Cazán Mustafá, navegaba con sus galeras por el Mediterráneo, llevándose á la mayor parte de los forajidos que acudillaba y dejando en la fortaleza al segundo de su banda, al renegado Fedet.

Venegas exhortaba al Monarca á que en el más breve plazo posible se apoderara del Peñón, único medio de evitar en lo sucesivo que los temerarios barcos piratas atacasen y desvalijasen á las naves cristianas. Oyó el Rey los consejos del alcaide, y en corto tiempo organizó otra expedición, confiada en que la Providencia la coronaría con el éxito más brillante.

Por dolencias del famoso marino D. Francisco de Mendoza—hijo del virrey de Nueva España y del Perú, D. Antonio de Mendoza—, jefe designado para dirigir la empresa, recayó tan alto empleo en D. Sancho Martínez de Leiva, quien el 22 de Julio de 1563 abandonó la bahía de Málaga al frente de numerosas galeras y con tiempo apacible y manso puso rumbo hacia el Peñón.

Desembarcaron las fuerzas en tierras berberiscas; pero fueron tantas las privaciones y las angustias que padecieron en su marcha hacia el poblado, que entre perecer ó tornar á los patrios lares se decidieron por esto último y, descorazonados ante el fin lamentable de la expedición, se embarcaron, volviendo las naves á las costas malagueñas el 2 de Agosto, trayendo á bordo muchos heridos y no pocos enfermos.

Suma contrariedad causó al Rey este segundo fracaso, y pensó, instigado por los deseos que se manifestaron en las Cortes de Monzón, celebradas al siguiente año, emprender una nueva tentativa, para lo cual dió órdenes de que se construyeran en la nación y fuera de ella, con la mayor prontitud,

un número considerable de galeras y de embarcaciones menores; y, terminados todos los aprestos á mediados del citado año, dióse á trazar el plan de conquista que había de desarrollarse para limpiar esta parte del Mediterráneo de los corsarios que lo infectaban.

Nombró al virrey de Cataluña, D. García de Toledo, capitán general de la Armada, en la cual embarcaron 17.000 hombres, toda gente avezada en los azares de la guerra y que en combates diversos habían sabido demostrar su arrojo y bizarría.

Se componía la flota de noventa galeras reales: doce de Nápoles, á cargo de D. Sancho Martínez de Leiva; doce de Juan Andrés Doris; doce que mandaba D. Alvaro de Bazán; siete que llamaban de la guardia del Estrecho; una del abad Lupián; cuatro de las Ordenes Militares de España; siete de Sicilia, mandadas por D. Fadrique de Carvajal; cinco de la Orden de San Juan de Malta; seis del duque de Florencia; cuatro del duque de Saboya; cuatro de Marco Antonio Colonna; cinco de los Lomelines y Vendinelos de Génova, y ocho que el Rey D. Sebastián de Portugal envió con un galeón y cuatro carabelas, más mil quinientos soldados, en que se comprendían trescientos hidalgos de la primera nobleza lusitana, para que sirvieran al Rey de España en esta jornada. Además iban quince chalupas y una urca cargada de municiones de guerra y boca. Uniéronse las carabelas y el galeón, que estaban frente á la costa de Marbella, al resto de la escuadra, anclada en Málaga, y don García de Toledo dió órdenes de zarpar al amanecer del 29 de Agosto de 1564.

Antes de promediar el día 31 divisaron los bajeles cristianos el africano suelo.

Los poseedores del Peñón, advirtiendo tanto poder, quemaron apresuradamente tres naves que habían capturado días antes y todas sus embarcaciones de alguna importancia, para que no se aprovecharan de ellas las tropas de D. García de Toledo.

El Ejército desembarcó por las *Torres de Calatá* ó de *Alcalá*, sitio no muy lejano de la Gomera, y dividiéndose en dos grandes grupos, uno quedó en un reducto, que se fortificó al efecto frente al Peñón, y otro, compuesto de catorce mil hombres, avanzó hacia el poblado, no sin sufrir lamentables bajas en sus filas, producidas por el excesivo calor y la carencia de agua potable.

Noticiosos los moradores de la Gomera de que las huestes cristianas se aproximaban, huyeron con todos sus bagajes á las vecinas sierras; de suerte que cuando llegaron las tropas al poblado no encontraron en él ni á uno solo de sus habitantes.

Fedet, al tener conocimiento de que éste había sido invadido, se ocupó en poner al Peñón en condiciones de defensa, y con gran actividad montó los desarmados cañones que en la fortaleza se guardaban y acaparó abundantes viveres, dispuesto á luchar contra los soldados de España.

Dispuso entonces D. García que desde el Cantil y la Caleta, lugares próximos al Peñón, se emplazaran algunas baterías, las que, vomitando metralla sin interrupción, consiguieron apagar los fuegos enemigos.

Esto sucedía en la noche del 5 de Septiembre.

Viendo Fedet y sus secuaces que permanecer en la ya desmantelada fortaleza no tenía objeto alguno, abandonaron el Peñón aquella misma noche, protegidos por las sombras, en un pequeño bajel

que tenían escondido, unos pocos, y á nado los restantes. Treinta de ellos, que retardaron la huida, fueron apresados por la mesnada de Juan Andrés Doria, que tomó posesión del abrupto castillo en la madrugada del día 6, en nombre de nuestro católico Monarca.

Organizaron los vencedores grandes fiestas en los lugares arrancados á los infieles, durando el regocijo hasta el día 13, en que la escuadra retornó á la Península, no sin dejar dos fuertes destacamentos en el poblado de Vélez de la Gomera y en el Peñón que lleva su mismo nombre.

Iba muriendo el día 14 cuando dieron vista los cristianos bajeles á Málaga, formando dilatada línea. Sabedor de ello el pueblo, acudió presuroso á la playa para recibir dignamente á los victoriosos expedicionarios. El Municipio se reunió en Cabillo, y mandó que salieran á la costa los arcabuceros que en Málaga residían, dirigidos por los Jurados de las Colaciones Parroquiales, y que desde la orilla disparasen sus armas en honor de los que regresaban triunfantes al patrio solar.

Cerró la noche. Aún no se habían aproximado las naves á la costa cuando ya se hallaban en ella los arcabuceros haciendo salvas y tocando sus atabores, mientras otros alumbraban con hachas de cera escena tan singular y pintoresca.

Por disposición del Concejo se colocaron, desde las Torres de Fonseca al Postigo de los Abades, doce grandes barriles de alquitrán, distanciados convenientemente, para hacer fogatas, y desde la Torre del Espolón hasta el dicho Postigo de los Abades, una vela de sebo entre cada almena de la muralla. Esta iluminación—según crónicas de aquella época—resultó *espléndida, magnífica*. Málaga se destacaba circundada por una faja de viva luz. En el poco tiempo que se invirtió en preparar la vela no era posible hacer nada que le superase en *suntuosidad*.

Mas no paró en esto el júbilo de los ediles malagueños. Dispusieron además que en la noche citada pusieran los vecinos luminarias en las ventanas y puertas de sus mansiones, y que al sonar el toque del *Angelus* salieran á caballo la Justicia, los regidores y los caballeros principales de la población para ir en cabalgata hasta la ribera del mar. Así se llevó á cabo, y una vez en ella encendieron dichos personajes las hachas que cada uno aportaba, en testimonio del regocijo que sentían como cristianos y españoles.

Al día siguiente lanzaron las galeras de su seno el contingente de hombres que llevaban, y, ya que el sol iba declinando, se formó una procesión en extremo vistosa, integrada por las Comunidades, el Clero, los gremios de la ciudad y los desembarcados soldados y marinos, dirigiéndose todos á la iglesia Mayor. En tanto que la artillería de la flota disparaba sin cesar, la comitiva cruzaba las estrechas calles de Málaga elevando preces al Cielo por la señalada victoria que la Cruz había obtenido sobre los corsarios del Peñón de Vélez de la Gomera.

Dos ó tres días más duraron las fiestas. Levantáronse arcos triunfales; ilumináronse las murallas como en la primera noche, y por doquier no se escuchaban sino alabanzas y elogios para las bizarras huestes de D. García de Toledo...

JOAQUÍN MARÍA DÍAZ SERRANO